

Presentación

Verónica Stedile Luna

Universidad Nacional de La Plata - CONICET

Guillermina Torres Reca

Universidad Nacional de La Plata - CONICET

Entre marzo y mayo de 2020, Alberto Giordano dictó por Zoom el curso “Barthes y la escritura del duelo”, a cuya primera clase asistieron más de cien personas. Como una fantasía forjada desde el comienzo, Giordano imaginó entonces otra forma de apuesta: que esa ocasión de la asistencia masiva diera paso a un seminario conformado por la “pequeña asamblea” de aquellos que se hubieran mantenido “fieles al tema y a la modalidad de trabajo”. En el transcurso de esos tres meses habíamos coincidido, cada semana, un grupo de –así nos llama– “jóvenes críticos” de distintas universidades, quienes volvimos a encontrarnos, entusiasmados con la posibilidad de seguir un poco más en la indagación de la obra de Barthes, a cuyo recorrido nos abocamos. No tanto por una deriva espontánea, sino más bien por el ímpetu con que Giordano trabaja su deseo, al año siguiente, el 5 de junio, Darío González dictaba la sesión inaugural del seminario “Recorridos de Barthes” con una exposición acerca de las huellas nietzscheanas en el último Barthes, el primer encuentro de los quince que tuvieron lugar sábado por medio entre las 10 y las 12 horas. Los artículos que componen este número del *Boletín* son parte de los resultados que arrojaron nuestros casi dos años de conversación barthesiana.¹

El comienzo del curso de Giordano y la primera sesión del seminario ocupan en el índice de este dossier un lugar que intenta, no tanto respetar un

¹ Giordano ofició de coordinador, junto a Darío González y Judith Podlubne, quienes además expusieron, respectivamente, en la apertura y el cierre del seminario. El grupo de participantes estuvo compuesto por los siguientes nombres: Nicolás Garayalde (UNC), Romina Magallanes (UNR), Natalia Biancotto (UNR), Leandro Bohnohff (UNR), Daniela Alcívar Bellolio (UNR), Francisco Bitar (UNL), Emiliano Rodríguez Montiel (UNL), Bruno Grossi (UNL), Karen Garrote (UNS), Federico Cortés (UNLP), Juliana Regis (UNLP), Malena Pastoriza (UNLP), Julieta Novelli (UNLP), Verónica Stedile Luna (UNLP) y Guillermina Torres Reca (UNLP).

orden cronológico, sino más bien enfatizar su carácter inaugural de modo tal que se recuperen los efectos que ambos produjeron en lo que después serían las formulaciones, primero de las exposiciones del seminario y, luego, de los artículos que aquí reunimos bajo el mismo título.

Estos dos eventos, decíamos, perfilaron de una manera más precisa los alcances de la expresión “fieles al tema y a la modalidad de trabajo”. En el curso sobre el duelo, Giordano había abierto una perspectiva sobre el último Barthes como *crítico ensayista* para leer parte de sus libros, diarios y clases. Esa acentuación se hacía extensiva a las propias búsquedas ensayísticas de Giordano, lo que en sus clases llamaba el “punto de vista ético”, y que habilitaron a pensar en un seminario en el que cada quien pudiera exponer sobre aspectos de la obra barthesiana, interrogando al mismo tiempo las propias disposiciones. El asedio riguroso y pormenorizado de un tema no se orientaba a extenuarlo, sino más bien a compartir con el resto de los integrantes aproximaciones y tanteos impulsados por los propios intereses y experiencias. Con esta modalidad de trabajo, surgieron entonces los diversos estilos enunciativos centrados en los escritos del último Barthes. Este era para nosotros el Barthes que, tal como lo señalaba Giordano, desde *Roland Barthes por Roland Barthes* se había vuelto objeto de su propia exploración ensayística y que insistía en la posibilidad de una crítica cuyo deseo de escribir fuera la ocasión de hacer reverberar la singularidad de un encuentro con la literatura como un acontecimiento perturbador. Por su parte, la sesión inaugural de González sobre el perspectivismo nietzscheano puso en escena un tipo de acercamiento a los textos y una manera de plantear un recorrido que hacía del detalle el resorte para expandir hipótesis sobre los modos en que Barthes se apropiaba de algunos referentes de la filosofía. Más tarde, en las siguientes exposiciones, este problema volvería con insistencia, acentuando el diálogo del último Barthes con Hegel, Deleuze, Bataille, Blanchot, Nancy y Adorno.

En el artículo que González escribió para este dossier, como se dijo, se advierte la marca de Nietzsche desde *El placer del texto* de la mano de algunas nociones fundamentales como *valor, evaluación y adiaforia*. González va siguiendo la aparición de estas nociones en el transcurso de su escrito hasta precisar los alcances y efectos del perspectivismo nietzscheano en la relación que el último Barthes establece con “las arrogancias del cientificismo”. Para caracterizar el modo en que Barthes se apropia de Nietzsche en su escritura, el artículo recupera la noción de intertextualidad que, diversa de la influencia,

sería una suerte de campo de circulación de cierto léxico que alguien toma para dar cuenta de su potencia crítica: el Nietzsche asistemático de Barthes, como él mismo sostuvo, era sobre todo una música que tenía en la cabeza, un fraseo con el que escribía. Esta precisión retornó con distintos fines en varias de las exposiciones y artículos de los participantes del seminario, lo que no solo ratifica la importancia de la sesión inaugural, sino que, además, pone de manifiesto el funcionamiento mismo de la conversación en cada encuentro: más allá de las apreciaciones que se pudieran hacer *in situ* de las exposiciones de cada quien, en ellas se manifestaba una conexión dada en la insistencia de algunas citas punzantes de Barthes, incluso algunas imágenes sugerentes. Entre otras, retomábamos la pregunta de Barthes sobre los modernos, “¿y si se hubieran equivocado?”, “¿y si no tuvieran talento?” (*Noches de París*); la frase con la que ubicaba el lugar de Proust en sus últimos proyectos, “No me comparo, me identifico” (“Mucho tiempo he estado acostándome temprano”); las palabras con las que definía la potencia literaria de la notación, capaz de “captar una viruta del presente, tal cual salta a nuestra observación” (*La preparación de la novela*); los versos del poema zen, “Sentado apaciblemente sin hacer nada / La primavera llega y la hierba crece por sí misma”, con los que explicaba el deseo de una ética vital despojada de toda violencia; ciertas imágenes, como la de su casa de verano en Urt, donde leía y armaba fichas para sus últimos cursos con los libros que tenía mano y, por último, la de una madre niña en la Foto del Invernadero, donde Barthes creyó encontrarla, justo antes de que muriera, tal como ella era en sí misma.

El ensayo “Barthes negativo”, de Leandro Bohnhoff, se inscribe en la discusión acerca de los efectos que la dialéctica hegeliana habría tenido en la obra de Barthes, y explora una vía propia en ese debate, atenta a la pista que arrojan las nociones de “forma” y “acto” entre los años 40 y 60. Si hubiera un Barthes dialéctico –nos dice– este sería negativo, ya que no habría síntesis, sino persecución de la imposibilidad de manifestar el silencio con el lenguaje. Se trata, por ello, de una “insistencia”, donde la marca del escritor no es otra que la “presencia de una ausencia”. En ese sentido, al postular una inflexión no sintética de la dialéctica, la negatividad barthesiana apuntala una de sus obsesiones: la permanente asignación de significaciones que el mundo realiza sobre las formas. Así, la negatividad opera en tanto acto, ya que “permitiría al escritor destruir la literatura hasta convertirla en otra y convertirse él mismo en otro, aunque más no sea momentáneamente en tanto acto sin duración”

(“Barthes” 63-64). A partir de ese recorrido, podría parecer una contradicción desplazarnos hacia un “Roland Barthes, teórico insensato” como el que nos propone releer Natalia Biancotto, donde el acento está puesto en la “enérgica afirmación de la radical indiferencia del sentido” (“El teórico” 78.); sin embargo, es aquella inflexión no sintética de la dialéctica la que inscribe el deslizamiento de Barthes hacia “preservar la multiplicidad simultánea de los sentidos” y su “devenir loco” (72). Tratar un objeto indomable como la literatura, sin domesticarlo, tal resultaría ser la vía por la que Barthes se une, según Biancotto, a una lista de nombres que afirmaron “el principio de insensatez como ley de la lectura” (72); no una insensatez que negaría a lo sensato, sino aquella capaz de descentrar el aparato del sentido sin destruirlo.

El énfasis puesto en el deslizamiento, también reconsiderado en la dimensión suspensiva de sus efectos, insiste en otra zona de los artículos de este dossier, que se aboca a explorar la forma del ensayo barthesiano. Bruno Grossi contrasta el pensamiento barthesiano con los intentos de la teoría crítica al postular un hedonismo salvado de la pura subjetividad. Así, el artículo “El sujeto paradójico del placer” retoma una transitada afirmación de Barthes acerca de la crítica literaria y su devenir científico como pérdida de la sutileza, para mostrar que la subversión del método científico como reconquista del terreno del placer, exhibía, en Barthes, la paradójica complejidad de una experiencia tan metódica como agonal en la que un elemento objetivo desborda al sujeto del placer y suspende las identificaciones. Esta difícil articulación entre método y contingencia del acontecimiento es la que Barthes buscaba ensayar, según Grossi, en la subjetividad sistematizada o sistematización de las interrupciones que caracterizaría al ensayo como escritura de una lectura. En el artículo “Leer a Barthes: los motivos del placer”, Francisco Bitar se dispone a indagar en las particularidades de la experiencia de leer los textos de Barthes, a los que identifica como “ensayos de escritor”, en la medida en que se interroga por las condiciones de posibilidad de un ritual “extirpado de todo esfuerzo” –lo que llama la “condición literaria” de estos ensayos– que sería proporcionado por la forma de su escritura. Esta se manifiesta en las relaciones entre olvido y suspensión que traman una “estructura del deslizamiento”, lo que con Robbe-Grillet describe como “saltos de un sentido que se escabulle en otros”. Para Bitar, la lectura de Barthes nos dispensaría de hacer algo con ella: se procura “más allá del saber” –de lo que ya sabemos, y de lo que podríamos saber como resultado de su encuentro– y podemos

por ello olvidarla como texto “estudiable”. Aun así, no la atravesamos sin experimentar una singularidad en esos saltos: en lugar del suspenso lineal que empuja la anécdota, Barthes nos lleva al “suspenso en el que se imponen las rasgaduras de la propia lectura” (“Leer” 97). Nicolás Garayalde, por su parte, se desplaza hacia la suspensión como fuerza que conecta al Barthes escritor con el ensayista, ligando la “autonomía” y la “digresión” en tanto figuras de la detención y postergación, “que detiene[n] el avance de la obra”, o bien la desvían abandonando el tema hacia márgenes y variaciones. “El imitador acomplexado. Roland Barthes, crítico digresivo” entrevé los modos de la escritura barthesiana que conectarían los ensayos tempranos de los años 30 y 40 con los últimos, en torno a los cuales acentúa la desconfianza que Barthes manifiesta, desde sus comienzos, hacia la cultura del comentario –aquella que jerarquizaba entre texto literario y texto crítico–. Ese Barthes, en el que ya despunta la figura del escritor como quien se define no por su obra sino por sus ganas de escribir, persiste hasta el final en la “tierra media” de la escritura –“más allá de la crítica y más acá de la literatura” (“El imitador” 111).

A partir de otro conjunto de artículos, es posible proponer una entrada en Barthes que persiga algunos de sus conceptos clave: la estupidez, la imagen, la utopía y el anacronismo. “Entre la fascinación por la estupidez y el deseo de legibilidad” de Julieta Novelli y Malena Pastoriza, sitúa el ensayo barthesiano “La imagen” en el marco del Coloquio de Cerisy para entrar con minucia en las formulaciones que Barthes realizó allí y sobre las que ya había estado conversando en ese evento, en particular a partir de la exposición de Françoise Gaillard. Pastoriza y Novelli escriben desde lo que el evento “le hace” a la escritura del ensayo de Barthes al evidenciarse como emboscada –como lenguaje– en cuyos contornos están la estupidez y la ilegibilidad (la pregunta que le retorna con su próxima realización podría ser: ¿en nombre de qué imagen de mí se hace este evento?, ¿cómo puedo desplazarme de esa imagen sin transformar ese desplazamiento en una nueva imagen con las mismas potencias adhesivas?). El artículo avanza mostrando el modo en que Barthes, atenazado entre estos dos términos, logra derivar una noción de escritura como vía para la fuga de toda atribución, y por tanto, de toda imagen. El ensayo siguiente, escrito por Daniela Alcívar Bellolio, vuelve sobre la cuestión de la imagen pero desde una perspectiva diversa a la elaborada por Pastoriza y Novelli. “El misterio de la simple concomitancia: Barthes y la claridad de la imagen”

realiza una aproximación a este problema en Barthes (no el de la imagen de/ para Barthes, el de la estereotipia), entramando su enunciación desde “una relación indirecta, no exhaustiva” con la obra barthesiana y proponiendo como camino los modos en que Barthes insiste, como un “fraseo”, en la escritura ensayística y ficcional de la propia Alcívar. Así, despejada la opción por la Imagen como “fijación estúpida” o “coagulación cultural”, Alcívar escribe respondiendo a lo que le produce acercarse a los momentos de la obra de Barthes en que la Imagen, su régimen, ocurre como la manifestación huidiza de la ausencia de imágenes y opera un contacto íntimo e imposible con aquello que se mira. Nuestro artículo, “*Cómo vivir juntos: método y utopía en el primer curso de Barthes en el Collège de France*”, como se advierte en el título, acota su reflexión a un curso para sopesar el carácter inaugural que el mismo tuvo para las investigaciones de Barthes en esa institución. Con este propósito, el movimiento del ensayo es doble: por un lado, arrastra al curso los enunciados de la *Lección*, en particular, aquellos referidos al lenguaje como sujeción, y, por otro, procura avanzar en el dictado de “*Cómo vivir juntos*” para recuperar el modo en que la búsqueda utópica que lo moviliza –el Fantasma de una convivencia sin tironeos– articula la “postura metódica” de Barthes en tanto “interroga la posibilidad de imaginar una vida afectiva que suspenda las relaciones de poder que gobiernan en todo uso del lenguaje”. Esta operación ocurre por una pirueta lenta que se realiza sesión a sesión y por la que Barthes pliega el tema del curso con el curso como puesta en acto del tema. El artículo sigue así la contorsión por la que el problema de la utopía y el del método revelan su mutua implicación y la misma vía para asegurar su propulsión: el aplazamiento y la literatura. Si el problema del anacronismo resulta central para pensar la singularidad de ese último Barthes creador de utopías, el trabajo de Emiliano Rodríguez Montiel sobre el Barthes de Alan Pauls percibe en ese desfase el origen de la fuerza que estrecha al segundo con el primero. Dice Rodríguez Montiel en el comienzo de su trabajo: “el Barthes de Pauls (...) es, ante todo, un Barthes *diferido*, extirpado de su época y puesto a orbitar impuntualmente en el presente de su extemporáneo” (“*Los Barthes*” 172). Ese lazo amoroso y violento, de íntima expropiación, es seguido en dos modulaciones de la invención paulsiana: su narrativa y su Barthes, es decir, su obra literaria y la ficción teórica que construye en torno a Barthes. Así, en el artículo, la primera modulación es seguida en los diálogos formales que existen entre las ficciones del argentino y algunas apuestas teóricas de libros

del último Barthes como las “figuras” y el “biografema”. Ahora bien, es en la segunda modulación donde el anacronismo que Pauls destaca en los textos breves, “paratextuales” sobre Barthes se vislumbra como un principio que puntúa su labor ensayística en tanto crítico literario.

Si, como se dijo al comienzo, los artículos que componen este número del *Boletín* son una parte de los resultados de dos años de conversación, esto es así porque las líneas de diálogo siguieron abiertas en la continuidad de nuevos proyectos: seminarios, grupos de estudio, congresos y jornadas. Muchos de ellos lograron trasvasar la virtualidad y ocasionaron encuentros organizados por el CETyCLI en el Instituto de Estudios Críticos en Humanidades en la Universidad Nacional de Rosario, el primero de los cuales sería la sesión de cierre de “Recorridos de Barthes” a cargo de Judith Podlubne, con su exposición “Barthes en Sarlo”. Los intercambios que esta suscitó dieron el impulso para pensar hacia dónde nos había llevado nuestro diálogo y cuál era el fondo latente que volvía a unir el deseo de indagación. Así, en el 2022, Barthes volvió como problema, pero desplazado de la gravitación *poiética* de su obra, y recuperado, en cambio, en un universo más amplio, con nuevas exploraciones acerca de las teorías de la lectura y ciertos críticos, teóricos y ensayistas que han contribuido a ellas con una nota singular.

Por último, en torno al seminario, este número del *Boletín* recupera en la sección “Documentos” dos traducciones que, con muchas otras, formaron parte de los materiales que se produjeron y circularon entre los participantes como insumos de lectura para la discusión y la elaboración de las exposiciones. “El diario, el antidiario” (1981), traducido por Nicolás Garayalde, se trata del ensayo donde Gérard Genette formula su lectura del ensayo de Barthes “Deliberación”; Julieta Novelli y Malena Pastoriza, por su parte, tradujeron “¿Quién le teme a la estupidez?” de Françoise Gaillard, extraído de la publicación del Coloquio de Cerisy (1978) que organizó Antoine Compagnon, y seguidamente la discusión suscitada luego de haber sido leído en ese contexto. En la misma línea, en la sección “Segunda persona” fue incluida la entrevista que Barthes dio a André Bourin en 1970 en ocasión de la aparición de *S/Z*, titulada “Crítica y autocrítica”, en traducción de Silvio Mattoni.